

Ruiz-Gallardón, el falso “progre” del PP

Durante bastante tiempo, Alberto Ruiz-Gallardón pasó por ser uno de los personajes más progresistas del PP. Parecía, incluso, enfrentado a los sectores más reaccionarios del partido. Alguien que bien podría evolucionar hasta convertirse en integrante del ala derecha del PSOE.

Dice una frase popular *“Dale poder a un hombre y lo conocerás”*, y nada más cierto en este caso. Desde que Ruiz-Gallardón ocupó su sillón ministerial se ha revelado como uno más de los derechistas retrógrados y radicales que forman el núcleo duro del PP. Eso o su ambición de poder ha pesado más que su honestidad. Porque si su actuación es el resultado, no de su ideario político personal, sino de las imposiciones de la maquinaria del partido y está pilotando las reformas que lleva a cabo en contra de su propia forma de pensar, nada dice en favor de su persona. Es lógico, y así lo reconozco, que si perteneces a un partido debes acatar lo que democráticamente decide el mismo. Después de todo, la militancia en el mismo no es obligatoria. Pero una cosa es acatar y otra traicionar las propias convicciones.

Sea cual sea el caso, la falta de sintonía de las posturas del PP, representadas en este caso por el ministro de justicia, con la inmensa mayor parte de la ciudadanía, no dejan lugar a dudas. Y la última reforma anunciada, la ley del aborto, solo puede representar un nuevo frente de descontento popular frente al actual gobierno.

El problema de fondo es que el Partido Popular es una formación política demasiado amplia. En su afán de aglutinar la derecha, ha reunido bajo el mismo techo a sectores de esa derecha que tienen fuertes discrepancias, especialmente en temas relacionados con las libertades individuales.

El anuncio de Ruiz-Gallardón de la inminente revisión de la ley del aborto ha desenterrado el hacha de guerra. En una sociedad en que más del 80% consideraba la actual ley como correcta y ajustada a nuestros tiempos, esta decisión es, o bien un acto de prepotencia con un claro desprecio de la ciudadanía, o bien una huida desesperada hacia los últimos cuarteles electorales, los de la extrema derecha más reaccionaria, ante la evidente e inevitable pérdida del predicamento electoral ocasionado por una política de total sumisión a la avaricia del sector financiero. O quizás una combinación de ambas circunstancias. Sea como sea, la insurrección civil está servida.

Nos encontramos ante un claro sometimiento del PP ante los grupúsculos provida y la jerarquía de la Iglesia Católica, que pretenden imponer su visión retorcida, retrógrada y perturbada de la sociedad, la que emana de un fanatismo religioso sin sentido y absurdo, como todos los fanatismos religiosos.

El PP va a encontrar una fuerte oposición a sus pretensiones, no solo entre la ciudadanía embebida y defensora de los principios laicos que llevan implícitos los valores del respeto a la libertad individual, sino también de amplios sectores de cristianos de base, que entienden que lo que para el católico puede ser pecado para un laico puede ser un derecho. La falta de sintonía entre cristianos de base y jerarquía católica es algo más que evidente desde hace ya muchos años.

Pero también puede pasarle factura a la propia estructura del partido. No todos los integrantes del PP ven con buenos ojos posturas tan arcaicas. Ello obligará al gobierno a nadar entre dos aguas. Por un lado reducir los derechos actuales esta materia, y por otra intentar que dicho recorte de derechos no soliviente, o soliviente lo menos posible, a sus propios militantes.

Lo más probable es que la reforma, al final, no agrade a nadie. A la sociedad en general y a los militantes pertenecientes al sector más progresista del partido porque un recorte de derechos, se mire como se mire, es una pérdida de los mismos. A la jerarquía eclesiástica y a los sectores ultramontanos porque no llegará a sus expectativas y deseos. Tales esperpénticos personajes desearían que este país se asemejara a Irlanda, probablemente el país más atrasado, ideológicamente hablando, de toda Europa, donde los médicos prefieren sacrificar a la madre antes que realizar un aborto. El indignante caso de Savita Halappanavar (octubre 2012), una mujer india que fue dejada morir de septicemia en un hospital en Irlanda, es un ejemplo claro de lo que una sociedad mediatizada por la religión es capaz de hacer. La desafortunada mujer tuvo la desgracia de vivir en una sociedad supeditada al fanatismo católico. Aunque los médicos reconocieron que el feto ya era inviable, se negaron a realizar el aborto mientras latiera su corazón. Para cuando este dejó de latir, ya era demasiado tarde para la mujer. Aunque la propia afectada pidió que le practicaran el aborto, se le negó porque "Irlanda es un país católico y la ley lo prohíbe". Savita Halappanavar no era católica, era hindú, pero se le impuso una ley derivada de una creencia que no era la suya. Un caso que solo puede ser calificado, como mínimo, de homicidio puesto que fue la negativa de los médicos

lo que la mató. Probablemente, Savita Halappanavar nunca hubiera pensado que pudiera pasarle tal cosa viviendo en un país del primer mundo. Estaba totalmente equivocada.

Seguro que los obispos españoles y los miembros de los movimientos provida se sentirían cómodos en una España que tuviera una legislación como la irlandesa. Después de todo, según ellos, sus cuerpos no son suyos sino de Dios. Personalmente, si una ferviente católica decide no abortar, aunque ello represente su muerte, me es indiferente. Pensaré que es tonta de remate, pero allá ella con su estupidez. Lo que no tolero bajo ningún criterio es que pretendan extender a todo el mundo sus estúpidas ideas.

El Partido Popular ve condicionada su actuación por causa de sus propios errores. En su afán de desestabilizar al gobierno anterior y recoger el máximo de apoyos en el ámbito de la derecha más dura, se ha entregado atado de pies y manos a los obispos españoles, sin darse cuenta que con ello pierde su independencia política. Ahora los obispos exigen que cumplan con sus compromisos. Unos obispos que parecen entresacados del baúl de los horrores. Personajes como José Antonio Reig Plá, Obispo de Alcalá, no solo defiende su postura antiabortista, algo totalmente esperable, sino que lo hace utilizando argumentos propios de un conspiranoico. Afirma, nada más y nada menos, que la defensa del aborto corresponde con una conspiración internacional encaminada a reducir la población mundial, de la que forman parte la ONU, la UNESCO, el Parlamento Europeo, el Banco Mundial, la Federación Internacional de Planificación Familiar, algunos gobiernos y los sindicatos. Solo le falta añadir el "**contubernio judeomasónico**" para parecerse al "*Tío Paco*". Sinceramente, me gustaría que hubiera algo de verdad en tal afirmación, aunque solo fuera una pequeña sombra. Ello significaría que se está tomando conciencia de que el crecimiento de la población es ya un problema grave que pone en entredicho el futuro de la humanidad. Pero pese a los cada vez más frecuentes estudios que ponen en evidencia este peligro, absolutamente nada indica la más mínima toma de conciencia del problema. Como siempre, nos pondremos el casco cuando ya nos hayamos abierto la cabeza.

Pero volviendo a Reig Plá, el Sr. Obispo está muy preocupado porque, según él, la población mundial está descendiendo. ¡Qué más quisiera yo! El obispo de Alcalá, con sus incongruentes peroratas, lo único que demuestra es su total desconocimiento: de 1950 al 2000 la población mundial creció un 141%, en 2011 llegamos a la cota de los 7.000

millones de habitantes, y actualmente estamos entre los 7.080 y los 7.100 millones (en poco más de un año la población mundial ha crecido más de un 1%. El crecimiento es exponencial. Si comparamos el periodo que va de 1900 a 1950, el crecimiento fue del 53%, muy lejos del 141% indicado para el periodo de 50 años posterior).

La ley del aborto regula un derecho individual y su efecto sobre el crecimiento de población es extremadamente marginal. El problema que representa este crecimiento, tarde o temprano tendrá que ser abordado y las soluciones que se decidan adoptar nada tendrán que ver con la regulación del derecho a abortar. El Sr. Obispo, como es habitual en él, mea una vez más fuera del tiesto, pero es un vocero fiel a los grupos de presión de la extrema derecha que hoy influyen y condicionan la política del PP, y con ella la actuación del Sr. Ruiz-Gallardón. Ahora es el momento de limitar el derecho al aborto, pero después le tocará el turno al matrimonio homosexual. Rouco ya se lo ha dejado claro a Rajoy.

Lo que me intriga es ¿Creen realmente que estas reformas podrán mantenerse en el futuro? La actuación del PP en el gobierno hace poco previsible que pueda repetir en la próxima legislatura, y por tanto lo que sí resulta previsible es una nueva rectificación de la legislación para que vuelva a dejar temas como el aborto o el matrimonio homosexual tal y como están. Es difícil que la ciudadanía acepte perder conquistas en derechos individuales. Aunque puede que al final saquemos algo bueno de todo ello. Si la presión resultante de la indignación ciudadana es lo suficientemente alta, puede que de una vez por todas acabe la supeditación de la política española a la voluntad de la Iglesia Católica y sea finalmente denunciado el absurdo Concordato que permite las prebendas de que goza dicha Iglesia.